

STRANGER THINGS



*Apagón en
la ciudad que
nunca duerme.*

A OSCURAS EN LA CIUDAD

ADAM CHRISTOPHER

Hawkins, Navidad de 1984. Lo único que anhela el jefe Jim Hopper es disfrutar de una primera Nochebuena tranquila junto a Once, pero su hija adoptiva tiene otros planes. Acaba de rescatar del sótano una caja de cartón con las palabras «Nueva York» y es entonces cuando empiezan las preguntas complicadas. ¿Por qué se marchó Hopper de Hawkins hace ya tantos años? ¿Qué significa «Vietnam»? Y ¿por qué nunca había hablado de Nueva York?

Aunque Hopper preferiría enfrentarse a una horda de Demogorgones que hablar de su pasado, sabe que no puede seguir escondiendo la verdad. Y así comienza la historia del incidente de Nueva York, el último gran caso antes de que todo cambiara.

Nueva York, verano de 1977. Hopper inicia una nueva vida a su regreso de Vietnam. Su hija pequeña, su cariñosa esposa y un nuevo empleo como inspector de la policía de Nueva York le facilitan la incorporación a la vida de civil. Pero cuando los agentes federales le arrebatan el caso sin resolver de una serie de brutales asesinatos, Hopper decide actuar por su cuenta y arriesgarlo todo para desvelar la verdad.

Tardará poco en infiltrarse en las bandas callejeras más infames de Nueva York. Pero cuando está a punto de resolver el caso, un apagón se apodera de la ciudad y precipita a Hopper en la oscuridad más profunda a la que se haya enfrentado jamás.

STRANGER THINGS. A OSCURAS EN LA CIUDAD

Adam Christopher

*Dedicado a Sandra, siempre.
Y a Aubrey, porque sí*

26 de diciembre de 1984

Cabaña de Hopper Hawkins, Indiana

Jim Hopper trató de reprimir la sonrisa que sentía expandirse por su cara, de pie frente al fregadero, con los brazos sumergidos en agua caliente y jabonosa, viendo por la ventana de la cocina cómo caía la nieve en enormes copos del tamaño de puños.

La Navidad no era una época buena para él, no desde... bueno, desde hacía mucho tiempo. Desde Sara. Hopper lo sabía, lo aceptaba, y durante los seis años —casi siete, ya— que llevaba de vuelta en Hawkins, se había resignado a la creciente sensación de tristeza y añoranza que iba ganando cada vez más fuerza a medida que se acercaban las fiestas.

¿Se había resignado? No, no era eso, no del todo. En realidad, recibía con gusto la sensación, se dejaba abrumar por ella, porque era... fácil. Cómodo.

Y, por raro que sonara, seguro.

Sin embargo, al mismo tiempo, se odiaba a sí mismo por ello, por rendirse, por permitir que la semilla del desespero creciera en su mente todos los años, sin excepción, hasta germinar del todo. Y su odio solo serviría para sumirlo más en la tiniebla, y el ciclo entero se repetía una y otra y otra vez.

Pero eso se había acabado. Ya no más.

Ese año, no.

En realidad, era el primer año en que las cosas eran distintas. Su vida había cambiado, y ese cambio le había permitido ver lo hondo que había caído, en qué se había convertido.

Y todo, gracias a ella. A Jane, su hija adoptiva. Legalmente, oficialmente, su familia.

Jane Hopper.

Once.

Ce.

Hopper notó que la sonrisa crecía de nuevo, tirando con insistencia de las comisuras de su boca. Esa vez no intentó contenerla.

Por supuesto, tener a Ce en casa no significaba que debiera olvidar el pasado, ni mucho menos. Pero sí que tenía nuevas responsabilidades. De nuevo, tenía una hija a la que criar. Y eso implicaba pasar página. Su pasado no había desaparecido, pero por fin podía ponerlo a dormir al fondo de su mente.

Fuera, la nieve siguió cayendo, cubriendo los troncos de los árboles que rodeaban la cabaña con más de medio metro de una suave manta blanca. La radio había asegurado que no era una tormenta y que no había alertas meteorológicas, pero el boletín que Hopper había oído a primera hora de la tarde empezaba a parecerle demasiado optimista. Había anticipado una nevada copiosa por todo el condado, pero en ese momento Hopper se preguntó si habría caído toda en las pocas hectáreas que rodeaban la vieja cabaña de su abuelo. El boletín meteorológico había advertido a los oyentes que, si tenían que viajar... en fin, mejor que no lo hicieran. Quédense en casa. Manténganse calentitos. Terminense el ponche de huevo.

A Hopper le parecía muy buena opción.

A Ce, en cambio...

—El agua está fría.

Hopper espabiló de sopetón y encontró a Ce a su lado, junto al fregadero. La miró y encontró en el rostro de la ni-

ña una expresión intensa, interesada, preocupada de que Hopper llevara tanto tiempo fregando los platos que el agua se le había enfriado. Entonces miró sus propias manos, que sacó de la menguante espuma. Las yemas de los dedos parecían uvas pasas y la pila de platos del banquete de sobras de Navidad no se había reducido mucho.

—¿Va todo bien?

Hopper volvió a mirar a Ce. Tenía los ojos muy abiertos, expectantes. Hopper notó que aquella sonrisa volvía a crecer. Mierda, no podía evitarlo.

—Sí, todo va bien —respondió. Extendió el brazo para revolverle su mata de rizos oscuros, pero Ce se apartó con una mueca al sentir el contacto de la mano cubierta de espuma. Hopper se echó a reír, retiró el brazo y cogió el trapo de la repisa. Se secó las manos y señaló con la cabeza hacia la sala de estar—. ¿Has podido hablar con Mike?

Ce suspiró, quizá pasándose un poco de dramatismo en opinión de Hopper, pero... al fin y al cabo, para ella todo seguía siendo nuevo y a menudo, por lo que parecía, desafiante. La miró mientras ella regresaba al sofá, cogía el aparatoso rectángulo que era su nuevo *walkie-talkie* y se lo tendía, como si de algún modo Hopper pudiera invocar a sus amigos en el éter.

Se quedaron mirándose y, tras unos momentos, Ce meneó impaciente el *walkie-talkie*.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Hopper, echándose el trapo de cocina al hombro—. ¿No funciona? —Cogió el aparato y le dio la vuelta—. No puede ser que se haya quedado sin pilas tan pronto.

—Funciona —dijo Ce—. Pero no hay nadie. —Suspiró de nuevo y sus hombros se hundieron.

—Ah, claro, es verdad —dijo Hopper, recordando que Mike, Dustin, Lucas y Will estaban todos fuera visitando a familiares ese día. La pandilla al completo estaba fuera de alcance del nuevo *walkie-talkie* de Ce.

La chica recuperó el aparato y trasteó con los controles, encendiendo y apagando una y otra vez el interruptor de volumen, provocando que emanaran breves ráfagas de estática con cada giro.

—Ten cuidado —advirtió Hopper—. Te han hecho un regalo muy bueno.

Entonces torció el gesto al darse cuenta de que el regalo que le había hecho él, nada menos que el Tragabolas (un juego para niños mucho más pequeños que Ce, como Hopper había comprendido con el impacto de un mazazo cuando ella le quitó el envoltorio el día anterior), quedaba a la altura del betún comparado con el *walkie-talkie* que los chicos le habían comprado juntando dinero.

Por lo visto, tenía muy oxidado el asunto de la paternidad. Había comprado el juego casi sin pensar, porque a Sara le encantaba, y...

Y Ce no era Sara.

Pero Ce no se dio cuenta del malestar de Hopper, concentrada como estaba en el aparato. Él volvió al fregadero, abrió el grifo del agua caliente y se puso a remover el agua de la pileta con una mano.

—Y ayer os lo pasasteis muy bien, ¿verdad? —Miró hacia atrás—. ¿Verdad?

Ce asintió y dejó de hacer chasquear el *walkie-talkie*.

—Pues eso —dijo Hopper—. Y mañana habrán vuelto todos a casa. De hecho —añadió, cerrando el grifo—, seguro que los encuentras con ese cacharro a última hora de la tarde.

Rellenado el fregadero, Hopper reempendió su ataque a los platos. Oyó que, a su espalda, Ce volvía a la cocina. Bajó la mirada cuando la niña apareció de nuevo a su lado.

—Oye —dijo mientras cogía un plato del montón y lo sumergía—, sé que te aburras, pero el aburrimiento es bueno, créeme.

Ce frunció el ceño.

—¿El aburrimiento es bueno?

Hopper pensó un momento y confió en llevar la dirección correcta con aquel consejo paterno improvisado.

—Claro que sí. Porque cuando te aburres, es que estás a salvo. Y cuando te aburres, se te ocurren ideas. Y las ideas son buenas. Nunca sobran las ideas.

—Las ideas son buenas —dijo Ce.

No era una pregunta, sino una afirmación. Hopper volvió a mirarla. Casi podía ver los engranajes girando en su mente.

—Exacto —respondió—. Y las ideas llevan a preguntas. Las preguntas también son buenas.

Hopper miró por la ventana, ocultando a su hija la expresión preocupada que había invadido su rostro. «¿Las preguntas también son buenas?». Pero ¿de qué narices estaba hablando? No estaba seguro de si había tomado demasiado ponche del que había sobrado o tal vez demasiado poco.

Ce se escabulló fuera de la cocina y, al momento, Hopper oyó el chasquido del televisor. Volvió la cabeza y vio que Ce se había sentado en el sofá, sin posibilidad de llegar a la tele con la mano, pero aun así los canales cambiaban en rápida sucesión y la pantalla pasaba de un patrón de estática multicolor a otro.

—Sí, es por el tiempo. Lo siento, pero creo que la tele tardará bastante en volver a funcionar bien. Eh, ¿te apetece otra partida al Tragabolas?

La única respuesta a la pregunta de Hopper fue el silencio. Volvió la cabeza otra vez y vio que Ce se había girado hacia él en el sofá y lo miraba con una cara que solo podía describirse como... adusta.

Hopper soltó una carcajada.

—Era solo una sugerencia. También puedes leer algún libro.

Hopper terminó de lavar los platos y tiró del tapón del fregadero. Mientras el agua sucia se iba por el desagüe, se secó las manos y volvió a mirar hacia la ventana de la coci-

na. En el reflejo, Hopper vio el sofá y la tele todavía encendida, pero ni rastro de Ce.

«Bien», pensó. No podía hacer nada con el clima, pero quizá no fuese tan terrible que estuvieran encerrados en la cabaña. Los últimos días navideños habían sido muy ajetreteados, Ce pasando el rato con sus amigos y Hopper aprovechando la oportunidad para visitar a Joyce. Parecía estar sobrellevándolo todo bien, y había agradecido la compañía de Hopper. Jonathan también.

Dio media vuelta y fue hacia la mesa roja cuadrada que había contra la pared en el otro lado de la encimera, donde estaba abierta la caja del Tragabolas. Preguntándose distraído si sería posible jugar contra uno mismo, sacó una silla mientras Ce reaparecía por la puerta de su dormitorio. Lo miró con una expresión tan seria que Hopper se quedó petrificado, con una mano todavía en el respaldo de la silla.

—Esto... ¿Va todo bien?

Ce inclinó la cabeza a un lado, como un perro que escucha un sonido fuera del rango auditivo humano, sin apartar la mirada de Hopper.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Por qué eres policía?

Hopper parpadeó y dejó escapar un profundo suspiro. La pregunta parecía salida de la nada.

«¿Adónde quiere llegar con esto?».

—Bueno —dijo, pasándose una mano aún mojada por el pelo—, sí que es una pregunta interesante.

—Has dicho que las preguntas son buenas.

—Esto... Sí que lo he dicho, sí. Y lo son.

—¿Entonces?

Hopper soltó una risita y apoyó los codos en el respaldo de la silla.

—Claro. O sea, es una buena pregunta, lo que pasa es que no creo que la respuesta sea sencilla.

—No sé cosas sobre ti —dijo Ce—. Tú sí que las sabes sobre mí.

Hopper asintió.

—Es... Pues mira, sí que es verdad.

Dio la vuelta a la silla y se sentó a la mesa. Ce sacó la silla de enfrente, también se sentó y se inclinó hacia delante apoyando los codos.

Hopper pensó un momento.

—No estoy seguro de que de verdad quisiera hacerme policía —dijo—. Es solo que, en su momento, me pareció una buena idea.

—¿Por qué?

—Ah, bueno. —Hopper calló. Irguió un poco la espalda y se frotó la barbilla sin afeitar con una mano—. En fin, no sabía muy bien qué hacer con mi vida. Acababa de volver de... —Calló de nuevo.

«No, no, eso todavía no. Ese tema tendrá que salir en otro momento».

Quitó importancia al asunto moviendo una mano en el aire.

—Quería hacer algo. Cambiar algo. Ayudar a la gente, supongo. Y tenía algunas habilidades y experiencia que pensaba que podían ser útiles. Así que me hice poli.

—¿Y?

Hopper frunció el ceño.

—¿Y qué?

—¿Cambiaste algo?

—Bueno...

—¿Ayudaste a la gente?

—Oye, a ti te ayudé, ¿no?

Ce sonrió.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué?

—Has dicho que acababas de volver de algún sitio.

Hopper negó con la cabeza.

—No creo que estés preparada todavía para esa historia.

De pronto sintió una leve presión en el pecho, una pequeña oleada de adrenalina que, combinada con los restos del ponche, le provocaron un ápice de náusea.

En esa ocasión fue Ce quien negó con la cabeza.

—Las preguntas son buenas —repitió.

Tenía razón, por supuesto. Hopper la había cobijado, ayudado, protegido. Habían superado juntos cosas que la gente no podía ni imaginar, luego habían pasado a ser familia legal... y, aun así, Hopper comprendió que seguía siendo tan misterioso para ella como Ce lo había sido para él aquella noche en casa de Joyce, después de que la encontrara con los chicos en el vertedero de chatarra.

Ce bajó la barbilla y lo miró con la cabeza ladeada, dejando claro con el gesto que estaba exigiendo una respuesta.

—Escucha, enana, hay cosas que no estás preparada para oír y cosas que yo no estoy preparado para contarte.

La frente de Ce se arrugó de concentración. Hopper se descubrió observándola fascinado, preguntándose adónde la llevarían sus pensamientos a continuación.

—¿Vietnam? —preguntó ella, vocalizando la palabra como si nunca la hubiera pronunciado en voz alta.

Hopper levantó una ceja.

—¿Vietnam? ¿Dónde has oído tú eso?

Ce meneó la cabeza.

—Lo he leído.

—¿Cómo que lo has leído?

—En una caja. Bajo el suelo.

—Bajo el... —Hopper se echó a reír—. ¿Has estado explorando?

Ce asintió.

—Vale, pues sí, tienes razón. Había vuelto desde Vietnam. Es otro país que está muy lejos de aquí.

Ce se subió a la mesa.

—Pero... —Hopper se detuvo—. En realidad, no, no es buena idea.

—¿El qué?

—Hablarte de Vietnam.

—¿Por qué no?

Hopper suspiró. Esa sí que era una buena pregunta.

Pero ¿cuál era la respuesta?

Lo cierto, comprendió Hopper, era que no quería hablar de Vietnam, no porque fuese un trauma ni un demonio personal para él, sino porque era agua pasada. Pero, sobre todo, porque le daba la sensación de que formaba parte de la vida de otra persona. Aunque no se había parado de verdad a darle vueltas como era debido, era consciente de la forma en que había compartimentado su pasado en su propia mente. En resumen, sí, Vietnam había sido una época difícil y Hopper había vuelto cambiado, como casi todo el mundo, por supuesto, pero lo que ocurría era que no resultaba relevante, ya no. Esa persona no era él, ya no.

Porque con el tiempo había llegado a aceptar que, en realidad, su vida solo tenía dos partes.

Antes de Sara. Después de Sara.

Y, en realidad, lo demás no importaba demasiado. Ni siquiera Vietnam.

El problema era que no estaba muy seguro de cómo iba a explicarle eso a Ce.

—Pues... —dijo Hopper con una sonrisa—. Porque Vietnam fue hace mucho tiempo. Y cuando digo mucho, es mucho mucho. Y yo ya no soy esa persona. —Se encorvó sobre la mesa, apoyando los codos—. Mira, de verdad que lo siento. Se nota que tienes curiosidad por el tema. Y entiendo que quieras saber más cosas sobre mí. Soy tu...

Se detuvo. Ce enarcó una ceja y bajó de nuevo la barbilla, esperando el final de la frase.

Hopper suspiró feliz.

—Ahora soy tu padre. Y sí, hay mucho que no sabes de mí. Vietnam incluido. Un día te lo contaré, cuando seas mayor.

Ce frunció el ceño. Hopper levantó una mano para bloquear la réplica que sabía que llegaría.

—En esto, vas a tener que confiar en mí —dijo Hopper—. Algún día estarás preparada, y yo también. Pero, de momento, tendremos que dejar estar eso, ¿vale, enana?

Ce hizo un mohín, pero, por fin, asintió.

—Vale, bien —dijo Hopper—. Mira, sé que estás aburrida y que tienes preguntas. Eso es bueno. A lo mejor encontramos otra cosa de la que hablar, ¿de acuerdo? Déjame que ponga una cafetera.

Hopper se levantó, fue a la cocina y empezó a manipular la cafetera, una reliquia que había encontrado en un armario y que, sorprendentemente, parecía funcionar bien. Mientras empezaba a llenar el depósito de agua, oyó un fuerte golpe detrás de él.

Ce estaba de pie junto a la mesa roja, sacudiéndose el polvo de las manos contra los pantalones vaqueros. Encima de la mesa había un gran archivador. En su cara lateral había escritas dos palabras:

NUEVA YORK

Hopper llevaba años sin ver esa caja, pero sabía lo que contenía. Volvió a la mesa, tiró del archivador hacia él y entonces miró a Ce.

—¿Sabes? No estoy seguro de...

—Has dicho que encontremos otra cosa —dijo Ce. Señaló la caja—. Otra cosa.

Hopper supo por la mirada en sus ojos, por el tono de su voz, que esta vez no iba a echarse atrás.

«Vale. Nueva York, Nueva York». Hopper se sentó a la mesa y miró el archivador. Por lo menos, era algo un poco más reciente.

¿Estaría Ce preparada para eso?

Y puestos a preguntar, ¿lo estaba él?

Mientras Ce se sentaba enfrente de él, Hopper abrió la tapa. Dentro había un revoltijo de ficheros y documentos, coronados por una gruesa carpeta de papel manila cerrada con dos gomas elásticas rojas.

«Ah, sí».

Acercó la mano y, sin sacar del todo la carpeta, retiró las gomas y la abrió. Al hacerlo reveló una gran fotografía en blanco y negro, el retrato de un cadáver tendido en una cama, con la camisa blanca teñida de negro por la sangre.

Hopper cerró primero la carpeta, luego el archivador y apoyó la espalda en la silla. Miró a Ce.

—Esto no es buena idea.

—Nueva York.

—Mira, Ce...

Entonces la tapa del archivador se abrió sola. Hopper parpadeó y miró a Ce. La niña tenía el semblante firme, intransigente, decidido.

Hopper hizo rodar el cuello.

—Vale, muy bien. Si quieres Nueva York, tendrás Nueva York.

Se acercó aún más el archivador, pero en esa ocasión dejó de lado la carpeta de papel manila y sacó lo que había debajo. Era una tarjeta blanca y grande sellada dentro de una bolsa de plástico, grapada por una esquina a un folio donde estaban registradas sus características.

Hopper miró un momento la tarjeta, que estaba en blanco, y luego la giró y dio la vuelta al folio para que quedara detrás. En el dorso de la tarjeta había un solo símbolo, al parecer pintado a mano con una espesa tinta negra. Una estrella hueca de cinco puntas.

—¿Qué es eso?

Hopper alzó la mirada. Ce se había levantado y estaba inclinada sobre el archivador para poder ver. Hopper apartó la caja y sostuvo la tarjeta en alto.

—Es solo una tarjeta de un juego estúpido —dijo, riendo. Pero la risa murió en su garganta y volvió a mirar el sím-